



V

**María amante después de la Ascensión del Señor.**

**U**NO de los más largos periodos de la vida de la Virgen santísima, y acerca del cual guardan los libros santos profundo silencio, es el que media desde la gloriosa Ascensión de Jesucristo á los cielos hasta la muerte y Asunción de María. Fuera de lo que cuenta el libro de los *Hechos de los Apóstoles* relativo á la venida del Espíritu Santo, donde aparece la Virgen recogida y orando con los demás discípulos, ninguna otra cosa nos dicen, y lo que causa al parecer más extrañeza, ni el mismo apóstol San Juan, con quien la Virgen vivía, hace mención de ella en sus cartas. Y es que, al decir del P. Suárez, eran parcos en tratar de nuestra Señora, á fin de que los fieles tuviesen ancho campo para investigar y contemplar lo que ellos emitieron.

Mas lo primero que se ofrece á la piadosa consideración es preguntar por qué quiso el Señor, subiéndose á los cielos, dejar por tanto tiempo en la tierra á su benditísima Madre. ¿Qué atractivo podía tener para ella el desierto del mundo, teniendo su tesoro, y por consiguiente su corazón, en el cielo? Si San Ignacio de Loyola no podía alzar sus ojos á mirarlo sin que se le humedeciesen en lágrimas, y le pareciese la tierra vil escoria, ¿qué había de sentir la Virgen cuando mirase el manto azul del firmamento bordado de estrellas, ó viese arrebolarse las nubes á la hora en que su divino Hijo subió triunfante á los palacios de la gloria?

Es verdad que se quedó en el mundo para ser el consuelo y maestra de la naciente Iglesia, que estuviera huérfana de padre y madre sin Jesús y María; pero esto mismo, ¿qué sacrificio no era para su corazón, que podía repetir á cada instante: ¡Ay de mí, que mi destierro se ha prolongado! Si el apóstol San Pablo deseaba ser desatado de las ligaduras del cuerpo para



verse con Cristo, ¿qué pensar de la Reina de los cielos y Madre del Redentor?

Sin embargo, admiremos en este punto el heroísmo de María. Mucho mejor que San Martín decía ella á su Hijo: Si para el bien de la Iglesia conviene que permanezca aún en el mundo, no lo rehusó: he aquí la esclava del Señor: aguarden los ángeles que desean verme pasar por entre sus coros; esperen aún los patriarcas y profetas que me contemplaron en sus visiones; repriman su anhelo mis padres Joaquín y Ana, y mi esposo José, que vivamente ansía tenerme á su lado ó estrecharme entre sus brazos; á mi gusto y descanso antepongo la divina voluntad; soy Madre de los hombres; á ellos, mientras Dios lo quiera, consagraré mi presencia corporal.—Esto es amar con pureza y desinterés.

Y en efecto, con tanta pureza y desinterés amó á Dios y á los hombres, que por ellos vivió lo restante de su vida mortal, hasta los setenta y dos años de edad, según la opinión más corriente y recibida. Años verdadera-

mente divinos, que no hay lengua de carne capaz de explicar ó describir. Ocupada, ora en altísima contemplación, ora en las tareas cotidianas propias de su sexo, la Virgen era el oráculo de los apóstoles, la maestra de la vida cristiana, el consuelo de todos. ¡Qué recogimiento el suyo cuando, retirada en las habitaciones silenciosas de la casa de Sión, pasaba largas horas meditando los misterios de la vida y muerte de su Hijo! Pobre era el ajuar de su aposento, y en él sin duda conservaría como preciosas reliquias los instrumentos de la Pasión y parte de las vestiduras de Jesús, que la solicitud de los apóstoles y discípulos había podido rescatar de manos de la soldadesca. ¡Cómo guardaría la Virgen estas reliquias, y acercaría á ellas sus labios con maternal cariño y reverencia!

¡Con qué fervor y transportes de júbilo se acercaría á recibir en la divina Eucaristía á su Hijo sacramentado, y estrecharía en éxtasis de amor contra su pecho al mismo que en sus purísimas entrañas se hizo hombre por



nosotros!... ¡Cuántas veces recorrería el camino del Calvario y se detendría en las estaciones de esta *via dolorosa* para contemplar los pasos que anduvo el Señor! Y le vería en espíritu con la cruz á cuestas, ó derribado en tierra bajo su peso; y percibiría aún el clamoreo de la chusma y los improperios de los príncipes, y más que todo, las dulcísimas palabras de Jesús pendiente del santo madero, que le hablaba y miraba por última vez antes de morir... ¡Oh! en todas estas ocasiones, ¡cómo pedía á Dios con gemidos innarrables que la sangre preciosísima de su Hijo no fuese infructuosa y estéril para el mundo! ¿Y quién duda que muchos lograrían por sus plegarias la conversión?

Rodeada otras veces de los apóstoles y discípulos, de las santas mujeres que la acompañaron al Calvario y de cuantos de día en día se declaraban amigos de Jesús y se acercaban á Ella para recibir enseñanzas y consuelos, ¿con qué celestial unción les declararía los misterios de la vida oculta de su divino Hijo, y enseñaría, según la

oportunidad y discreción lo demandaban, lo concerniente al nacimiento é infancia del Niño, á su inefable concepción, á las escenas que pasaron en las montañas de Judea, en casa de Isabel y Zacarías?

Y cuando, declarada la persecución de los judíos contra los discípulos de Cristo, era apedreado Esteban y moría pidiendo á Dios perdón por sus verdugos, ¿qué sentimientos tendría la bienaventurada Virgen, qué lágrimas derramaría sobre la ingrata Jerusalén, como en otro tiempo Jesús, y qué palabras de aliento dirigiría á los valerosos soldados que así caminaban tras las huellas de su divino Capitán?

En Jerusalén ó en Efeso, donde también vivió con el evangelista San Juan, ahora estuviesen juntos, ahora dispersos los apóstoles, ¡cómo procuraba María con ferventísimas oraciones, cuando no de otra manera, infundir en sus almas generosos esfuerzos y vigor invencible! ¡Cómo se alegraba de sus triunfos y se condolía de sus penas! ¡Cómo luchaba Ella con el cielo, mejor que Jacob con el ángel y



Moisés en el monte, para que sus hijos obtuviesen la victoria!

Buen testigo es de ello Santiago apóstol, patrón de España; buen testigo el Pilar de Zaragoza, y toda nuestra nación, que visitada misericordiosamente aun en carne mortal por la celestial Señora, se gloria y gloriará siempre de ser *Patrimonio de María*.



## PARTE TERCERA

### MARÍA AMADA

#### I

María amada de Dios.— Las tres coronas.

**S**OLÍAN antiguamente los emperadores cristianos, que con gran pompa y solemnidad se coronaban, recibir tres coronas diferentes y de distinta significación. Recibían la primera en Aquisgrán, ciudad de Alemania, de mano del Arzobispo de Colonia, y ésta era de hierro, para significar la fortaleza con que habían de abatir el orgullo y soberbia de los infieles y rebeldes á la Iglesia. La segunda la recibían en Italia de manos del Arzobispo de Milán, y era de plata, para indicar la pureza de su vida y la claridad de sus obras. La tercera dá-